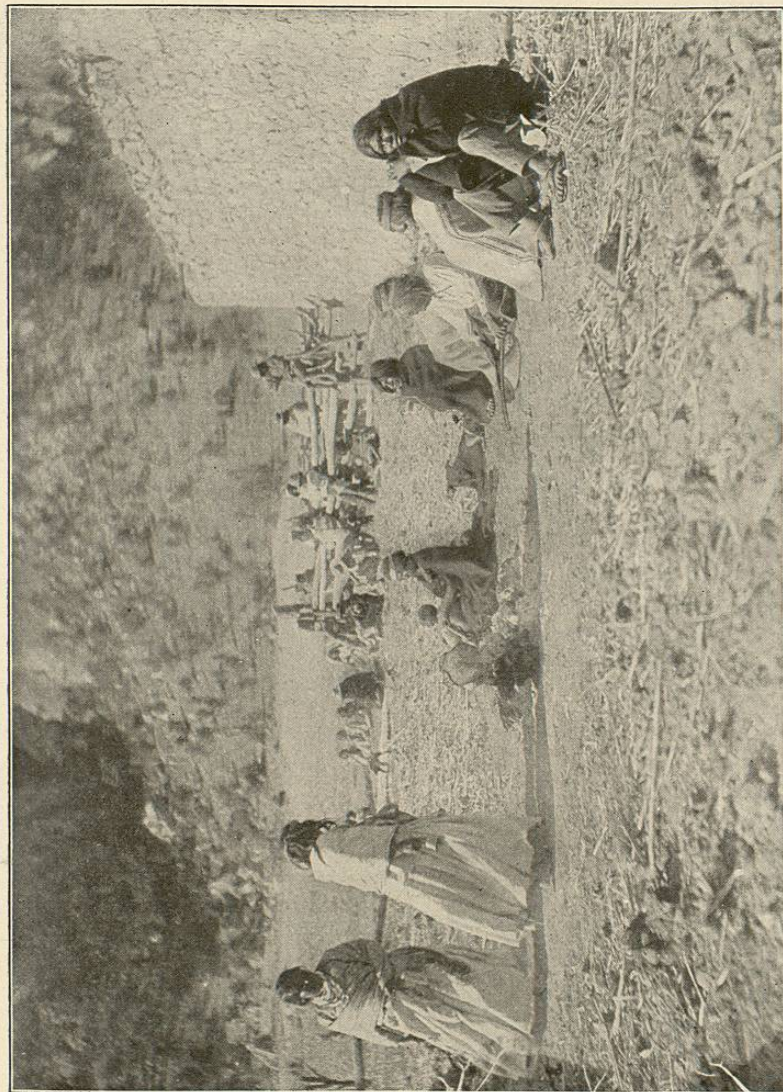


hombro. Cuando no las hay para todos los asistentes, se suplen con cascabeles.

Todo se halla listo al fin para dar principio á la danza. Los hombres llevan cobijas blancas en que permanecen tapados toda la noche hasta la barba, pero no se ponen huaraches. Bailan también los ayudantes, cuya danza consiste en una marcha peculiar que efectúan con rapidez y saltando á pasitos, moviéndose de puntillas y como si fuesen á encontrarse, y haciendo rápidos y bruscos meneos sin dar la vuelta. Á ninguno de los presentes se les permite andar en dirección opuesta á los bailarines. Después de seis ú ocho giros, ensanchan la rueda para que quede en medio el fuego, y cuando algún danzarín llega á encontrarse entre el sacerdote y el fuego, gira rápidamente al rededor, bailando como antes, hasta colocarse en el lugar conveniente. De cuando en cuando, emiten un sonido con que consideran imitar el habla del jículi y que á mí me recordaba el canto del gallo, golpeándose rápidamente la boca, por tres veces, con el hueco de la mano y chillando en voz de falsete: "*Jículi vava!*" que significa "*¡Jículi allá lejos!*"

Las mujeres bailan separadamente de los hombres, aunque á veces simultáneamente con ellos. Danzan en silencio, de un modo ligeramente distinto del de los hombres, todas con enaguas y túnicas muy limpias, lo que contribuye á lo pintoresco de aquella escena que se desarrolla al rededor del hogar.

Interrúmpese á veces la danza, pero no el canto y el raspar del sacerdote que duran toda la noche sin más que uno ó dos intervalos, por necesidades urgentes. Para cesar de cantar y tocar en tales ocasiones, es de rigor que el sacerdote se excuse cortésmente con el jículi, al irse y al volver, cambiando saludos formales con la planta escondida bajo la jícara, y se lo notifica golpeando repetidamente el bastón labrado con el raspador, y acabando con tres toques lentos.



Mujeres tarahumares bailando jículi en Guajochoic.

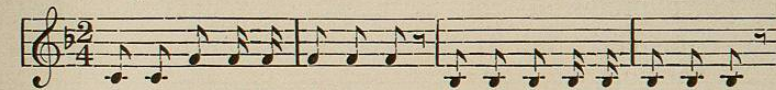


Dicen los cantos que el Jículi llega con sus sonajas y su vara de mando para curar y proteger al pueblo, y para concederle una "bonita" borrachera. Á este efecto, se dispensa licor de un jarro depositado junto á la cruz, sirviéndolo por pequeñas cantidades un indio que da, con la jícara en que lo lleva, tres rápidas vueltas al rededor del fuego para el sacerdote y una para el resto de la asamblea. El espíritu general va levantándose á medida que se repiten las libaciones, y si á veces sólo el sacerdote y sus ayudantes las menudean, otras participa del licor toda la gente.

## CANCIÓN AL JÍCULI

*Allegro.*

Jí - cu - li o - cu - lí - va - va Ta - mi - sá - li - va re - ga  
 Jículi tío! Nuestra autoridad así!



A - go - ná hui - lí si - ná Na - na - yá re - gá hue - lá  
 Allá está parado, miren! Los antepasados así lo pusieron

El efecto secundario de la planta, de somnolencia y decaimiento, se manifiesta más claramente en los concurrentes que se sientan durante la danza, que en el infatigable oficiante que se mantiene despierto entregado á su ocupación. Cuando alguno de sus ayudantes se siente sucumbir al sueño, tiene que pedir permiso al jículi, por intermediación del sacerdote, para retirarse á descansar un rato, y notificarle con toda exactitud su alejamiento y su vuelta al desempeño de su deber. Al amanecer, todos les presentes están haciendo grandes esfuerzos para que no los venza el sopor, excepto el músico que sigue impertérrito cantando y raspando con la conciencia y entusiasmo de siempre.

Pero al fin todos se levantan para las importantes operaciones de curar á la gente por medio de la raspa y des-



pedir al dios. Al punto de amanecer, cuando el fuego se está extinguiendo, anuncia el sacerdote que termina la danza, sirviendo de señal para tan bienhadada nueva tres golpecitos finales contra el palo labrado. Reúnense todos en el lado oriental del patio, junto á la cruz; levántase el augur de su asiento, llevando consigo sus utensilios para raspar, y, seguido de un muchacho cargado de una jícara de agua, procede á dar la bendición á cada uno de los presentes. Para ello, detiéndose frente á cada cual, sumerge solemnemente la punta del raspador en el agua, y tocando ligeramente el palo de molduras con lo mojado, primero en medio y luego en los extremos, raspa tres veces con él la cabeza del individuo. Apoya luego en la misma cabeza el palo labrado y le da tres largos pases de extremo á extremo, levantando la mano al aire después de cada pase. El polvo producido con tal raspa, por infinitesimal que sea, tiene la virtud de infundir salud y vida. Vuélvese luego al sol naciente, dirigiendo sus instrumentos hacia él, y raspando rápidamente varias veces por encima y por debajo del bastón labrado, da una larga frotación de punta á punta, pasando la mano fuera del bastón hacia el sol. Con este acto, repetido tres veces, hace señas á la morada del Jículi. En la madrugada, ha venido el dios de San Ignacio y de Satapolio, montado en hermosas palomas verdes, para acompañar á los tarahumares al final de la danza, cuando se hace la ofrenda de alimento, á comer y beber con ellos, lo cual efectúa con el sacerdote, que es el único capaz de ver al Jículi y á sus compañeros. Si no asistiera, se creerían los tarahumares amenazados de hechicería.

Después de prodigar sus bendiciones, vuela el Jículi, en forma de bola, á su país, en compañía del tecolote que huye asimismo á refugiarse á esa hora.

Se recoge cuidadosamente en un saco de cuero, como poderoso remedio para uso futuro, el polvo que produce el curandero al estar raspando durante la noche.

Concluída la fiesta, cada quien debe lavarse las manos y la cara, obligación que se considera de la mayor importancia.

Además del jículi huanamé ordinariamente usado, los tarahumares conocen y veneran las variedades siguientes:

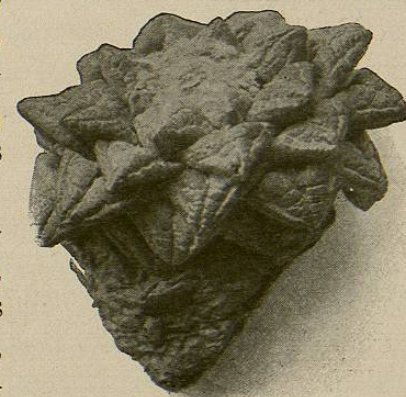
1. Mulato (*Mammillaria micromeris*).—Se cree que sirve para agrandar los ojos y poder ver á los hechiceros; para prolongar la vida, y para dar velocidad á los que toman parte en las carreras.

2. Rosapara.—Constituye únicamente un grado vegetativo más avanzado de la especie precedente, aunque parece muy distinto, por ser blanco y espinoso. También debe tocársele con las manos muy limpias en el sentido moral, á lo que parece, tanto como en lo físico, pues sólo á la gente bien bautizada le es lícito tomarlo. La planta es buena cristiana, y como está muy pendiente de todos, siempre que advierte algo indebido, se enoja mucho, vuelve loco al culpable ó lo arroja en algún precipicio. Es, por lo mismo, muy benéfica contra la gente mala, especialmente contra los ladrones y los apaches.

3. Sunami (*Mammillaria fissurata*).—Es raro, pero se le supone más poderoso que el huanamé, y tiene las mismas aplicaciones que el último, siendo su bebida fuertemente embriagante. Los

ladrones no pueden robar nada en donde el Sunami llama soldados en su ayuda.

4. Jículi huálula sælíami.—Es el mayor de todos, y su nombre significa "Jículi de gran autoridad." Ex-



*Mammillaria fissurata.*



tremadamente raro entre los tarahumares. No llegué á ver ninguna muestra, pero según me lo describieron, crece en tubérculos de ocho á doce pulgadas de diámetro, asemejándose al huanamé con muchos vastaguitos al rededor. Todos los demás jículis son sus servidores, y el motivo porque llevan los tarahumares tan pocas plantas de esa clase, consiste en que es un dios muy goloso que no se satisface con ovejas ni cabras, sino que exige reses; de manera que son pocos los indios que pueden mantenerlo. Si no se le mata un buey, se comerá á un hombre. Tiene siempre la cabeza hacia abajo, porque está escuchando todas las ceremonias que se hacen en la tierra de los tarahumares, y se vive pensando el modo de proteger á sus hijos. No muere nunca. Cuando alguien está muy enfermo, y no se encuentra dicho jículi en la región, el sacerdote vuela con el pensamiento á la tierra en que se produce la planta donde "la gran autoridad" está cuidando á sus hijos (el pueblo), y le ofrece el alma de una res que ha sido sacrificada. El jículi acepta la ofrenda y envía sus bendiciones con sus sirvientes que andan siempre bien vestidos y con sombreros de paja "como los americanos" según me dijo mi amigo el *Doctor* Rubio; pero solamente los astrólogos ó sacerdotes pueden verlos llegar, y la manera como curan los corazones y limpian las almas.

Todas estas diversas especies se consideran buenas por venir de Tata Dios, y bien dispuestas para la gente; pero se cree que algunas clases de jículi provienen del diablo. Una de ellas, provista de largas espinas blancas, llamada *ocoyome*, se usa rara vez y sólo con fines aviesos. Si alguien lo pisa por casualidad, se le caen las piernas. Una vez que aparté con una vara uno de esos cactus redondos y espinosos, me dijo azorado el indio que me acompañaba: "Déjelo U., porque puede hacerlo caer dentro de un precipicio."

En una de las fiestas que presencié, manifesté deseos

de probar el jículi, pues no lo conocía. Promoviése una viva discusión entre los sabios, quienes acabaron por decirme que podía sentarme con ellos, pues sabían que guardaba en mi poder algunas plantas sagradas; pero se me impuso la condición de quitarme el sombrero. Como esto pasaba una fría y ventosa noche de diciembre, obedecí la disposición, pero me cubrí la cabeza con el pañuelo, sin que se me hiciera la menor objeción. El jicarero comenzó por bailar delante del sacerdote, luego al rededor del fuego y finalmente me alargó su vasija. El líquido tenía cierto sabor amargo, pero no precisamente desagradable, y al ir á beberlo mirábame atónito aquel hombre como si esperase que el jículi se resistiera á entrar dentro de mí.

Sólo tomé un trago, pero á los pocos minutos comencé á sentir sus efectos. Primero obró sobre mis nervios como poderoso excitante, superior al café, sensación que me duró unos diez minutos, y me vinieron luego una depresión y escalofrío tan grandes como nunca había sentido. Para entrar en calor, casi me eché dentro del fuego, pero no pude vencer aquel estado friolento hasta por la mañana. Algunos tarahumares me dijeron que no lo tomaban, porque les producía la misma impresión, y cuando le comuniqué al sacerdote el efecto que me había producido la bebida, díjome que era porque no había raspado en la vara labrada, pues el jículi no causa frío á la gente que raspa, lo que, dicho en otras palabras, viene á significar que es posible contrarrestar tal efecto por medio del ejercicio físico.

Un curandero que consintió en venderme jículi, y que me hizo acompañarle á su casa, se dirigió á una troje de tablas, é introduciendo un largo palo, abrió la puerta por dentro, quitando antes algunas tablas del techo para conseguirlo. Después de buscar un rato, sacó una pequeña canasta cerrada, y con ella en la mano efectuó una vuelta ceremoniosa á mi rededor, diciendo en voz apenas perceptible: "Gracias por el tiempo que has estado



conmigo; ahora vete con él; te daré de comer antes de que te vayas." Sahumó con incienso de copal las plantas guardadas en la canasta, para que pudiesen comer, y necesité por mi parte aspirar el sahumero para que el jículi tuviera gusto en irse conmigo. Abrió luego el herbolario su canasta diciéndome que escogiera las plantas que quisiese, y yo saqué una docena, pero como me pidiera diez pesos por ellas, me conformé con tres.

Al regresar al mundo de la civilización, pasé algunos días en Guajochic, á cuya inmediación vive el doctor Rubio, gran conocedor del jículi. Es un hombre realmente pia-



El doctor Rubio y sus ayudantes en una fiesta del jículi, después de una noche de canto y baile. Rubio está á la derecha.

doso, de tierno corazón y buenos sentimientos, que vive de acuerdo con sus principios, en los que se han armonizado el cristianismo y el paganismo. Estímanlo mucho sus paisanos como el más grande sacerdote del jículi en aquella parte de la región tarahumar. Su profesión le permite vivir con desahogo, pues sus servicios son objeto de constante demanda y recompensados con las mejores porciones de los animales que se sacrifican. Sus curaciones le producen también algún dinero y pasa sus días rezando y cantando, bebiendo tesgüino y jículi, ayunando y curando enfermos, en la feliz convicción de que protege al mundo. Obtuve de él muestras de las varias clases de cactus vene-

radas por los tarahumares. Esta condescendencia suya, que se consideró como una revelación de los secretos de la tribu, le acarreó de los otros curanderos la prohibición de volver á emprender jamás ningún viaje á la tierra del jículi. Aunque en el primer año obedeció la sentencia, no le pesó gran cosa, pues se sentía superior á sus jueces y estaba seguro de que acabarían por comprender que no podrían pasarse sin él, pues siendo el más virtuoso de todos, ninguno conocía mejor las órdenes de Tata Dios.

Débole mucho de lo que sé acerca del culto tributado á la planta, y varias de las canciones con que se la reverencia. Á menudo me visitaba, y me dijo una vez, en el seno de la confianza, que era necesario alimentar las biznagas que yo tenía antes de que emprendieran su largo viaje á los Estados Unidos, pues como hacía mucho tiempo que habían comido, comenzaban á enojarse. La próxima vez que fue á verme, llevó copal envuelto en un lienzo, y quemándolo en una cazuela de barro, sahumó las plantas que se había colocado delante. Díjome que con esto quedarían satisfechas y se irían contentas conmigo sin permitir que me causaran el menor daño los hechiceros, los ladrones ó los apaches. La promesa era consoladora, pues para llegar á Chihuahua, tenía que atravesar por algunos puntos inseguros y había rumores de rebelión.

Parece que actualmente sólo los distritos próximos á Nararachic y Baqueachic envían por jículi y son los que surten á todos los demás. Hasta hace poco, iba también la gente de Huachochic á buscar dichas plantas, y todavía hay indios que emprenden ese viaje. Un anciano me enseñó algunos cactus que había arrancado hacía treinta y cinco años. En Nararachic se consume el peyote durante todo el año, esto es, mientras hay maíz, porque "el jículi necesita tesgüino." La gente de la barranca, que es demasiado tímida para emprender la expedición, lo compra al precio de un carnero por planta. El comprador dispone



un convite, no sólo cuando lleva al semidiós á su casa, sino también un año después del suceso. En la parte oriental de la región y al pie de los cerros que rodean á Río Fuerte, no se usa para nada. Muy rara vez lo plantan los tarahumares, pues el único caso que vi, fue en Tierras Verdes.

Es indicio muy significativo de la antigüedad del culto y aun de la ascendencia lejana de la tribu misma, cierto cambio en la ceremonia, que observé en el suroeste de la región, en donde el sacerdote acostumbra dibujar sobre la arena, bajo la jícara que le sirve de cámara de resonancia, una mística figura humana en cuyo centro coloca la planta. Mi lamentado amigo Frank Hamilton Cushing me informó que en las rocas volcánicas de Arizona se encuentran figuras casi idénticas dibujadas sobre la lava. Decíame en carta fechada el 30 de octubre de 1903:

“La figura que me ha enviado V. dibujada, ofrece muy grande similitud, por ejemplo, con las muy antiguas petrografías rituales que hay en las lavas de Arizona, lo que desde luego verá V. por el diseño de una que reproduzco juxtapuesto al suyo:

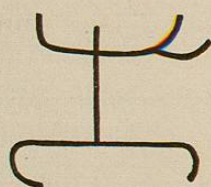
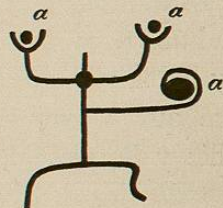


Figura médica tarahumar de México.



Antigua petrografía ritual de Arizona.

Otras que he recogido son mucho más semejantes. Siempre he supuesto que tales figuras tenían objeto “medicinal” en las ceremonias; pero creyéndolas más bien correspondientes á las medicinas de los elementos viento, agua, lluvia, etc., usadas en conexión con los sacrificios (con que concluían los ritos ceremoniales), que relacionadas

con las ceremonias curativas actuales. Me he visto inclinado á esta creencia por haber encontrado relacionadas con algunas de ellas pequeñas concavidades en forma de copa, labradas en los ángulos de las figuras (tales como a, a, a). Observará V. que, de la mitad de mi figura, parte una línea que se enrolla en torno de la concavidad, en el lado derecho, y que las terminaciones de las líneas cruzadas superiores se bifurcan abarcando concavidades semejantes, aunque menores. La figura entera representa un dios animal acuático, de un grupo de monstruos místicos semihumanos. Por razones de conveniencia, tiene el corazón de fuera, y dentro de éste la copa de la medicina “principal;” en tanto que con la mano izquierda sostiene la tasa de la medicina “Buena,” y con la derecha la de la “Mala.” Si á la luz de lo expuesto, vuelve Ud. á examinar su figura, verá conmigo que representa un hombre dios sentado, con las piernas dobladas y sus medicinas distribuidas á su rededor y sobre él mismo, respectivamente á sus miembros, y de acuerdo también, probablemente, con su importancia y el caso en cuestión. Debe siempre tener la principal medicina colocada sobre el corazón como órgano renovador de la vida. Luego, estrictamente con referencia á la dolencia que se trata de curar, y localizadas en el cuerpo ó miembros del paciente (diría yo), las demás medicinas. Sugiero esto como explicación posible, pero con mucha confianza de que ha de estar muy próxima á la verdad, en vista de lo que me indican mis estudios comparativos. Probablemente si V. consulta sus notas y trae á su recuerdo las variaciones del símbolo que ha visto, comprenderá si tengo razón ó nó. Recuerde V. que si los indios refieren dicha figura al tratamiento de las enfermedades, también la usarán para curar al tiempo, etc., cuando esté “enfermo,” por decirlo así. Ha abierto V. camino para una nueva interpretación de muchos dibujos de los más antiguos que quedan en las lavas, y si mi colección de éstos ayuda por su parte á explicar el diseño de V., etc., ya puede imaginarse la satisfacción y placer que yo tendría.”